

Contexto, variación conceptual y valores semánticos

ENRIQUE DEL TESO
Universidad de Oviedo

—Algunas palabras tienen su genio [...] sin embargo, ¡yo me las arreglo para tenérselas tiesas a todas ellas! ¡Impenetrabilidad! Eso es lo que yo siempre digo.

—¿Querría decirme, por favor —rogó Alicia— qué es lo que quiere decir eso?

—Ahora sí que estás hablando como una niña sensata —aprobó Humpty Dumpty, muy orondo. —Por «impenetrabilidad» quiero decir que ya basta de hablar de este tema y que más te valdría que me dijeras de una vez qué es lo que vas a hacer ahora pues supongo que no vas a estar ahí parada para el resto de tu vida.

—¡Pues no es poco significado para una sola palabra! —comentó pensativamente Alicia.

L. Carroll, *Alicia detrás del espejo*.

0. UNIDAD Y DIVERSIDAD CONCEPTUAL

El conocimiento apetece geometrías regulares más que formas de transición y prefiere la quietud y la repetición al movimiento y la creación. Tanto más se amolde a estas apetencias un fenómeno determinado, más parecerá ser el caso central de lo que se esté estudiando; y tanto más se aleje más parecerá un caso marginal que se resolverá con el tiempo, cuando los estudios fácticos estén más maduros. El problema es que a veces esa causa quieta, repetida y regular que buscamos se esconde tras procesos que nos parecen a simple vista fluctuantes y que instintivamente relegamos al desván de lo marginal. Y lo que se nos presenta quieto y regular a la primera mirada nos insinúa desde el principio un camino engañoso. Sin duda, todos habremos oído y dicho más veces la palabra *abrir* que la palabra *isósceles*. Pero las palabras como *isósceles* son las favoritas de nuestro conocimiento: su sentido parece constante e insensible al contexto y consiste en un concepto claro y distinto que no admite usos con matices que nos molesten. Constancia, quietud y repetición. Desde la semántica nos interesamos más por el caso de palabras “normales” como *abrir*, pero lo que nuestra intuición nos lleva a buscar tras los usos de esa palabra es lo que la haga parecida a *isósceles*: queremos que *abrir* codifique un concepto básico, estable y robusto. Pero los usos reales nos lo ponen difícil. Abrir una lavadora es hacer accesible el compartimento

donde se pone la ropa cuando lo dice un usuario normal. Pero cuando un técnico dice que va a abrir la lavadora, lo que suponemos que hará será sacar un destornillador y quitar las planchas que necesite para llegar al motor (Sperber & Wilson 1998). Si pensamos en otros usos como *abrir una puerta*, *abrir un abanico*, *abrir los brazos*, *abrir un agujero*, *abrir un camino*, *abrir la sesión*, *abrir un plazo*, *abrir una cuenta*, nos daremos cuenta que no sería fácil introducir en el diccionario de un robot un concepto para esta palabra que le permita saber la acción que tiene que ejecutar cuando la oiga. En todo caso, nuestra primera intuición nos invita a que busquemos un abrir esencial y que consideremos flecos para otro momento esta variación tan notable. Esta primera intuición nos dice que el conocimiento de verdad es el que tenemos de la palabra *isós-celes*. También podríamos renunciar a buscar un valor común a todos los usos y tratar de hacer una lista exhaustiva de posibilidades (como por momentos hace el *DRAE*, que asigna 19 acepciones al verbo *jugar*). Pero esta opción tiene tres problemas: (1) a pesar de la diversidad de usos algo percibimos de unitario en todo ello que no quedaría reflejado en una lista de usos y acepciones posibles, (2) la lista no sólo es amplia, sino abierta, prácticamente indefinida, y (3) no estaríamos representando lo que realmente hacemos: no es nada plausible que nuestra mente represente docenas de posibilidades y elija una según las circunstancias.

Esta es una palabra que varía porque parece dejarse contagiar demasiado por sus vecinas, como si estas fueran virus que se le infiltran y le alteraran el concepto básico que codifica. Pero a veces parece que el hablante manda tanto como querría Humpty Dumpty y las palabras dicen lo que el emisor quiere que digan:

—Por favor —dijo Arkadi. —Realmente, no entiendes lo que es la belleza, ¿verdad? [...] La belleza es poder y elegancia, acción correcta —continuó Arkadi—, la forma en armonía con la función, inteligencia y sensatez. Y muy a menudo... —sonrió y le apretó el vientre— ... expresado en curvas. [...] La belleza es lo que tú eres.

Por un minuto o por un segundo Arkadi consigue que la palabra *belleza* instale en nuestra mente algo que tiene que ver con la inteligencia o la sensatez, a pesar de que sabemos que la belleza no tiene nada que ver con eso y que, ciertamente, Nadia no es una mujer bella.

Las palabras son dóciles al contexto y a la voluntad del emisor para cambiar el concepto que expresan. Nuestra intuición nos hace suponer que el contexto típicamente inyecta información no dicha a lo que ya significan las palabras, de manera que sumamos el contexto a los significados para obtener conceptos más específicos. Pero para complicar la casuística las palabras además se dejan vaciar por el contexto para expresar ideas menos precisas. En los enunciados (1) *Empieza el examen, quitad los libros de encima de la mesa* y (2) *Desde la avioneta casi todo lo que se veía eran bosques y lagos, apenas había casas*, las palabras *libros* y *casas*, respectivamente, expresan un concepto más impreciso de lo normal. El profesor que diga la frase (1) aspirará a que sus alumnos retiren de la mesa libros, revistas o apuntes. Pretende que “libros” sea cualquier fuente escrita de información, como si hubiera que pensar esa idea con pereza. El emisor de la frase (2) no pretende que su receptor distinga casas de aparta-

mentos, fábricas o escuelas. Con *casas* quiere decir cualquier tipo de construcción humana.

Por este camino del vaciamiento se puede llegar a tejer contextos que permitan el conocido milagro de hablar sin decir nada, como la diletante novia de Samy en la reciente película de Milewicz: *Hay algo en Ofelia tan enigmático, tan perturbador, ¿no? Como si te dijera un frenesí descriptivo, altamente erótico, ¿no? Casi como si fuera una feroz oralidad.*

Parece que dos verdades mutuamente excluyentes buscan acomodo en nuestro entendimiento: la verdad de que las palabras tienen un valor canónico estable que nos permite entendernos y la verdad de que el hablante construye un concepto *ad hoc* en cada emisión y que la lista de conceptos con que se asocia una palabra no sólo es amplia, sino además abierta. Si tiene sentido que ambas cosas sean verdaderas, será por la manera en que nuestra mente registra las cosas y con ellas el sentido de las palabras. Tenemos por delante las cuatro tareas siguientes: (1) revisar la relación entre la información explícita y la forma lógica que se plantea en el marco de la Teoría de la Relevancia, (2) discutir los niveles de representación y procesos de inferencia que se dan en el conjunto de la información explícita, (3) considerar los niveles de representación en el marco cognitivo de la mente extendida y los sistemas dinámicos, (4) discutir en qué consiste el valor semántico constante y unitario de las palabras.

1. INFORMACIÓN EXPLÍCITA Y FORMA LÓGICA EN LA TEORÍA DE LA RELEVANCIA

1.1. Información explícita e información implícita. Semiótica e inferencia

La cuestión que estamos planteando tiene que ver con lo que significan las palabras, lo que el contexto añade, quita o modifica y, en fin, las capas de datos que representa la mente de los hablantes. Revisemos brevemente lo esencial de esas capas de datos.

La información explícita es la que está ligada al significado de las palabras y que, por eso mismo, se supone que es constante. La secuencia *son las seis de la tarde* dirá explícitamente que son las seis de la tarde todas las veces que se pronuncie porque eso es lo que significan estas palabras. Pero si nos dice que son las seis de la tarde un camarero al que acabamos de pedir el menú del día, deducimos que la información que realmente quiere transmitirnos es que no nos van a servir ya ninguna comida. Esta deducción es lo que hace relevante que el camarero nos haya mencionado la hora que es. La Teoría de la Relevancia dice que nuestro sistema cognitivo está diseñado para atrapar y procesar con la máxima relevancia los estímulos que inciden sobre nosotros y que, cuando el estímulo es un comportamiento comunicativo ostensivo, tal estímulo es portador de la presunción de su relevancia óptima (Sperber & Wilson 1998). La información no contenida en el significado de las palabras y que deducimos del contexto es la información implícita: un supuesto o conjunto de supuestos que deducimos y de cuya verdad depende la óptima relevancia del mensaje recibido. En este ejemplo,

la secuencia dice explícitamente que son las seis e implícitamente que ya no podemos comer en ese restaurante.

Es conveniente reparar en que la información implícita es intencional y sólo se puede adquirir de forma *mediata*: para que algo sea implícito tenemos que pensarlo *después* de haber pensado otra cosa. La secuencia *son las seis de la tarde* nos hace pensar en primer lugar en que son las seis de la tarde y sólo después eso nos lleva a pensar en que ya no se sirven comidas, o la clase ha terminado o llevo cuarenta minutos esperándote. Es cierto, como enfatizan Robin Carston y Sperber & Wilson, que no hay una secuencialidad total. Muchas veces antes de haber representado toda la información semántica explícita nuestra mente está ya deduciendo datos implícitos. Pero siempre se empieza por al menos parte de la información explícita. El proceso que nos lleva a establecer datos implícitos siempre es provocado por otro proceso previo que establece datos más “evidentes” o “patentes” relacionados con el estímulo. Más aún, un estímulo comunicativo intencional sólo transmite información implícita cuando esa información es ajena a la categorización habitual del estímulo en cuestión. Poner una corbata encima de una mesa puede ser un comportamiento que transmita información implícita, siempre que se cumpla alguna de estas dos condiciones: (1) que normalmente poner una corbata sobre una mesa no sea para nosotros un comportamiento comunicativo, (2) que sí sea un comportamiento comunicativo, pero que codifique algo distinto de lo que en el caso considerado esté transmitiendo.

En la interpretación tienen lugar dos tipos de procesos, según queda establecido en el marco de la Teoría de la Relevancia. Los procesos semióticos son los que vinculan la expresión con los contenidos por una convención previa, aquellos por tanto que conducen a la representación semántica. Los procesos inferenciales son los que nos permiten establecer verdades a partir de otras verdades o, en general, representar supuestos a partir de la representación previa de otros supuestos. En principio, la información explícita se establece semióticamente, es decir, es información significada por las palabras empleadas. La información implícita se establece inferencialmente: no es lo que significan las palabras, sino algo que se deduce de ellas. Será importante que retengamos lo siguiente. Un poco toscamente podemos distinguir dos tipos de comportamiento humano, según como intervenga en ellos el pensamiento más o menos consciente (del Teso 1998, Cueto 2002). Por un lado, tenemos el comportamiento consciente, que es el que hacemos con pleno control de nuestra consciencia. El conocimiento que lo hace posible recibe muchas veces el nombre de conocimiento explícito. Normalmente cuando nos comportamos así sabemos decir qué es lo que hicimos y qué pautas aplicamos. Por otro lado, tenemos el comportamiento rutinario, más o menos automático. Dentro de este último, tenemos comportamientos expertos y comportamientos reflejos. En los dos casos estamos en comportamientos y procesos sin control consciente, pero hay al menos dos diferencias. El comportamiento rutinario experto depende de procesos que son motivados para el sujeto, mientras que los reflejos son totalmente inmotivados. Por automáticas que parezcan, las reacciones expertas dependen de nuestras expectativas e intereses, mientras que las reflejas se producen con independencia de ellas. La segunda es que el comportamiento

experto es susceptible de pasar a ser controlado por procesos conscientes. A veces un comportamiento rutinario como atarse los zapatos o poner la mesa se encuentra con problemas y centramos nuestra atención en él, toma las riendas nuestra consciencia y lo encauzamos. El comportamiento reflejo se puede educar, pero no controlar inmediatamente por un esfuerzo especial de atención. Las acciones expertas están gobernadas por el conocimiento que se suele llamar implícito o intuitivo; son las acciones que hacemos inteligentemente, pero que tenemos dificultad en explicar cómo las hacemos.

En el lenguaje y la comunicación todo lo esencial es rutina. Tal como ha venido señalando en toda su obra Chomsky, un hablante no podría explicitar cómo produce e interpreta los mensajes, porque nada de lo que hace para ello lo hace con control consciente. El mecanismo semiótico por el que se representa un significado a partir de la percepción de una señal es un mecanismo reflejo e inmotivado. Los procesos inferenciales (en el razonamiento intuitivo) debemos considerarlos, en cambio, procesos expertos y motivados. La asociación de los sonidos que oímos con sus significados se produce con independencia de nuestros intereses y expectativas. La información que inferimos, sin embargo, la inferimos movidos porque captamos que el mensaje se nos dirige a nosotros y nos incumbe y porque presumimos su relevancia para la situación en que nos lo dicen. La información explícita se forma en nuestra mente de una manera refleja, mientras que la implícita la construimos de una manera experta. La interpretación de mensajes y discursos descansa en inferencias arrastradas enteramente por las expectativas e intereses del receptor, convenientemente prefiguradas por el emisor.

1.2. Forma lógica y explicaturas en la Teoría de la Relevancia

La interpretación normal de un enunciado pasa por asociarlo con una proposición. Entender un enunciado supone saber a qué estados del mundo se puede estar refiriendo o, lo que es lo mismo, de qué estados es verdadero. Asociar un enunciado con una proposición simplemente es captar el significado de ese enunciado y cualquier proceso de interpretación empieza exactamente ahí. Sperber & Wilson enfatizan que el significado de un enunciado no es exactamente una proposición. Una proposición es una cadena de conceptos y argumentos portadora de valor veritativo. Pero la entidad lógica que se corresponde estrictamente con los significados de las palabras, sin ningún aporte del contexto, no tiene realmente valor veritativo, por lo que no es una verdadera proposición. Es otro tipo de entidad que se denomina forma lógica. Una forma lógica es una estructura conceptual que no tiene valor de verdad, pero sí entra en relaciones veritativas de consistencia e inconsistencia (Sperber & Wilson 1986 y del Teso, 1998). La expresión *X es abuelo de Y* no tiene valor de verdad: sin saber quiénes son *X* e *Y* no podemos decir si es verdadera o falsa. Pero sin saber ese dato podemos decir que implica que *Y* es nieto de *X* y que es inconsistente con que *X* no tenga al menos un hijo. Las secuencias que emitimos tienen muchos elementos similares a estas “*x*” e “*y*”. Una secuencia como *lo hice ayer* no puede ser verdadera ni falsa hasta que no sepamos quién es el yo indicado por la primera persona, a qué se

refiere *lo*, cuándo es ayer y a qué acción se refiere *hice*. Todas esas informaciones hay que tomarlas del contexto y sólo cuando la información semántica, la que efectivamente está contenida en el significado de las palabras, sea completada con esos datos, tendremos una verdadera proposición que el receptor pueda contextualizar para deducir nuestra intención informativa. En concreto, necesitamos realizar las siguientes operaciones para convertir la forma lógica codificada en una proposición (Sperber & Wilson 1986, del Teso 1998, Vicente 2002, 2003, Carston 2000): (1) asignación de referencias y saturación de posiciones argumentales, (2) enriquecimiento libre (formación de conceptos *ad hoc* y representación de constituyentes “no articulados”) y (3) desambiguación de expresiones ambiguas. El receptor realiza estas operaciones para dotar a la forma lógica codificada de toda la información que se necesita para formar una proposición tan específica o inespecífica como se requiera (el enriquecimiento contextual puede no ser necesario para obtener una proposición sino para que la proposición obtenida sea más específica) y esta proposición resultante es lo que se denomina explicatura.

La Teoría de la Relevancia, por tanto, postula dos momentos inferenciales en el proceso de interpretación. En el primero se infieren los datos que permiten desarrollar la forma lógica y establecer la explicatura. En el segundo se infieren las implicaturas o datos implícitos. En el primer momento el contexto sirve para especificar la información semántica. Los datos contextuales sirven en este momento para enriquecer esa forma lógica hasta convertirla en una proposición, que será esa misma forma lógica con más cosas. En el segundo momento los datos contextuales no tienen este efecto especificador. Una implicatura no es ningún tipo de especificación de la forma lógica. La inferencia en este segundo momento no busca enriquecer lo codificado, sino su óptima relevancia.

1.3. La inmediatez de la información explícita

Sperber & Wilson entienden como información explícita (o explicatura) la información semántica codificada más toda la información contextual inferida que la desarrolle, entendiéndolo por tal los datos contextuales que median entre la forma lógica y la proposición con la que acabe asociándose el enunciado. El enriquecimiento contextual de la forma lógica (saturación, constituyentes no articulados y formación de conceptos *ad hoc*) formaría parte entonces de lo que un enunciado dice explícitamente. En cierto sentido esto puede contrariar la intuición de que lo explícito es lo que está dicho con palabras, no lo que tomamos del contexto. Pero, sin decirlo aún con argumentos técnicos, podemos retener la voz de nuestra intuición para ver un fundamento interesante en el planteamiento de Sperber & Wilson.

Supongamos que tenemos un bolígrafo en la mano, lo mostramos a nuestro interlocutor señalándolo con el dedo y le decimos: *fíjate en esto*. Sólo por el contexto sabemos que *esto* se está refiriendo al bolígrafo. Pero violenta nuestra intuición decir que la palabra *esto* se refiere sólo implícitamente al bolígrafo. Nuestra intuición nos dice que el hablante se está refiriendo explícitamente al bolígrafo. Cada vez que de-

timos *Juan* nos estamos refiriendo a un individuo particular que sólo puede ser singularizado por el contexto. Pero no parece natural decir que esta palabra se refiere explícitamente a “varón” y, dadas las circunstancias contextuales, aquí y ahora implícitamente está mencionando al sujeto concreto que denota.

Ya dijimos que la *inmediatez* de la representación tiene algo que ver con la diferencia entre explícito e implícito. Todo lo que digamos que es implícito es algo que entendemos *después* de haber entendido una cosa más aparente o inmediata. En un contexto apropiado alguien nos puede decir *hace calor* con la intención de que abramos una ventana. La petición es implícita porque la idea más inmediata que asociamos con la frase no es la petición. En principio, el enunciado sólo hace una constatación sobre la temperatura y entendemos que se nos hace una petición después de haber procesado esa idea inmediata. Parece que cuando oímos *Juan* lo más inmediato en lo que pensamos es en el sujeto referido y cuando oímos *esto*, en las circunstancias descritas, pensamos directamente en el bolígrafo que tenemos a la vista. No parece que debamos pensar en otras ideas interpuestas.

Quisiéramos sostener aquí que con la explicatura del enunciado la situación es similar. El significado de un enunciado sirve para expresar muchas proposiciones, con muchos niveles de especificidad, según la situación de discurso y el contexto, como *Juan* sirve de hecho para nombrar a muchos sujetos diferentes. En cada situación el enunciado se asocia con una proposición que resulta de enriquecer con mucha o poca información contextual, según los casos, la forma lógica que materializa su significado. Pero tiene fundamento intuitivo afirmar que esa proposición o explicatura, aunque contenga información contextual, es la cadena estructurada de conceptos más inmediata que se forma en la mente del hablante a partir de la información recibida.

Anotemos algo poco inocente de estos razonamientos informales. Sperber & Wilson dicen que parte de la información no dicha con palabras es, sin embargo, explícita. Y la mejor forma que encontramos de darles la razón es afirmar, de manera preliminar, que ciertamente la explicatura de la que hablan debe ser toda ella información explícita porque parece ser una entidad inmediatamente representada por el enunciado, sin nada intermedio. En esta impresión inicial no parece haber sitio para la forma lógica. El modelo de Sperber & Wilson nos invita a pensar en tres niveles de representación dentro de la información comunicada: la forma lógica, la explicatura y las implicaturas. Aunque la información explícita no se completa hasta que se desarrolla la forma lógica con datos contextuales, la forma lógica como tal es lo que codifica la frase y constituye una entidad con representación cognitiva efectiva. La forma lógica es exactamente el trozo de información que atrapamos con los recursos de nuestro idioma, la capa de datos de la que podemos decir con propiedad que está dicha en español o francés. De manera que la mejor forma que encontramos para dar la razón a Sperber & Wilson en su afirmación de que parte de la información contextual es información explícita es negando que exista uno de los niveles de representación que ellos postulan. Es evidente que debemos ir más allá de las meras intuiciones.

2. MENTE EN LÍNEA (MÁS SOBRE LENGUAJE Y PENSAMIENTO)

2.1. Conceptos de la mente y léxico público. Conceptos *ad hoc* y relevancia

La manera en que se presenta en la Teoría de la Relevancia la relación entre la forma lógica y la proposición expresada por un enunciado hace previsible que pueda haber un desfase entre el significado de una palabra y el concepto con el que se asocia en un uso concreto, lo que supone que con un solo significado una misma palabra puede expresar distintos conceptos en usos distintos. La forma lógica, el contenido codificado por el enunciado, es un objeto más simple y esquemático que la proposición efectiva que representa el receptor, donde se añan la forma lógica y el aporte del contexto. Una misma palabra expresaría conceptos distintos simplemente porque el aporte del contexto especificaría su significado de manera distinta en situaciones distintas. Así, el verbo *hacer* nos haría representar unas veces la idea de correr y otras la de jugar al mus. Evidentemente, las cosas no son tan simples y la Teoría de la Relevancia no las presenta tan simples.

Sperber & Wilson (Sperber & Wilson 1998) asumen una gradación en los significados de las palabras según presenten un concepto más o menos “acabado”. En un extremo tendríamos los términos cuyo valor semántico sería procedimental y no conceptual (Wilson & Sperber 1993) y cuyo significado no parece poder ser capturado con una definición; son términos (*pues, conque*) que no codifican conceptos sino instrucciones para manejar conceptos y supuestos introducidos por otras expresiones o por el contexto. En el otro extremo están las palabras que a simple vista nos parecen más normales, que tienen por significado un concepto que podemos definir en un diccionario; son términos como *casa* o *árbol*. Y en medio están otras palabras aparentemente normales, pero que se dejan influir tanto por el contexto y las otras palabras y varían conceptualmente tanto, que Sperber & Wilson prefieren decir que codifican “pro-conceptos”, ideas inconclusas que casi son instrucciones para formar conceptos. Sería el caso de *hacer, cosa* o *yo*, que, aunque tienen cierta carga conceptual, no permiten completar una proposición sin especificaciones contextuales. El ya citado caso de *abrir* y, en general, de palabras cuyo sentido es muy sensible a las palabras con las que se combinen podría entrar en este apartado. Lo que tiene interés para los propósitos de este trabajo es que estos autores resaltan que todas las palabras se pueden comportar “como si” fueran de las que codifican pro-conceptos. Dejando a un lado los términos procedimentales, esto quiere decir (y así lo dicen expresamente Sperber & Wilson) que en realidad cualquier palabra expresa de hecho una serie muy amplia y abierta de conceptos. Es exactamente por donde empezamos este trabajo. El significado de una palabra es el concepto con el que se asocia. Sin embargo, parece que ese concepto que privilegiamos como significado es en realidad uno de tantos que expresa esa palabra: la lista es amplia y, sobre todo, abierta; nada impide a las palabras decir constantemente conceptos nuevos, sin que se pueda hablar de evolución lingüística (evidentemente, algo tendrá ese concepto entre tantos que privilegiamos como significado para que lo sintamos como el concepto natural de una palabra determinada; en la última parte hablaremos de ello). Sperber & Wilson entienden que algunas palabras

(*abrir*) son así por su naturaleza, mientras que otras (*libro*, *árbol*) no son así pero son capaces de portarse como si lo fueran. Al final todas acaban con la misma capacidad de variación conceptual. Veremos más adelante si merece la pena esta distinción.

Sperber & Wilson se plantean el propósito comunicativo que puede tener este aspecto del funcionamiento de las lenguas. Las palabras y sus significados deberían contribuir a estabilizar las ideas con las que trabaja nuestra mente. La continua mudanza del concepto que expresan debe cumplir alguna función y ha de tener algo que ver con la manera en que se relacionan las palabras, en lo que tienen de interpretación y muestra pública de nuestras ideas, y los conceptos con los que pensamos y que están representados en nuestra mente. Los conceptos que están en nuestra mente por alguna razón deben necesitar ser representados en palabras hasta cierto punto inconstantes. Asumiendo que el lenguaje está bien diseñado y que la estructura de nuestra mente, con la parte que le corresponda al lenguaje, está bien adaptada, hay que suponer que un vocabulario con palabras estables que representen de manera estable y fiel conceptos bien definidos sería ineficaz para representar públicamente los conceptos que tenemos en nuestra mente. El razonamiento es el siguiente. El proceso por el que formamos un concepto que interiorizamos y con el que operamos es relativamente sencillo y fácil. Continuamente categorizamos experiencias desarrollando conductas regulares para estímulos diversos (diversos árboles pueden servir para la conducta constante de ponernos a la sombra, con lo que ya los estamos aprehendiendo como una categoría única). Pero el proceso por el que un concepto se expresa con una palabra es necesariamente más lento y más complejo. La razón es que las palabras requieren una interacción social que las convierta en una especie de acuerdo o sobreentendido entre varios sujetos. Es más fácil formar categorías que formar categorías y a la vez acordar con otros un símbolo convencional que las represente. Por eso tenemos siempre grabadas en nuestra mente más categorías de las que pueden estar codificadas con palabras. Aunque la combinación de palabras sirve para componer conceptos a partir de conceptos, necesitamos de todas formas expresar como conceptos básicos y rápidos aquellos que usamos en nuestro pensamiento ordinario. Para esto el léxico es insuficiente, a menos que las palabras sean capaces de deslizarse a voluntad por la tabla de conceptos que tenemos en nuestra mente mediante unos procedimientos fáciles de detectar y de entender para otros. De esta manera unas relativamente pocas palabras pueden ser suficientes para expresar muchos conceptos. La clave está, como decimos, en que emisor y receptor apliquen pautas comunes que permitan a las palabras abandonar su significado y moverse por el espacio de nuestros conceptos mentales. Sperber & Wilson hacen depender esas pautas del principio general de relevancia.

Entienden que la búsqueda de relevancia óptima lleva a los hablantes a deducir implicaturas, cuando la información explícita no es óptimamente relevante, pero también a corregir la información semántica antes de haber generado las implicaturas que procedan. Hasta cierto punto, los establecimientos de las implicaturas y de la explicatura discurren paralelamente en el procesamiento que hacen los hablantes: para que el mensaje sea óptimamente relevante, muchas veces tienen que deducir implicaturas a partir de la información codificada; pero la presunción de que la información codifi-

cada ha de ser, en un contexto dado, una información útil para deducir información relevante les lleva a desplazar esa información codificada hacia donde pueda cumplir ese propósito. Digamos que los hablantes mueven la información literal de las palabras hasta hacerlas decir algo que les lleve a alguna parte. Si un profesor le dice severamente a un alumno en un examen que se levante y se siente en la mesa del fondo, el alumno puede entender la orden que se le da y deducir la amonestación implícita que conlleva (sin esta deducción el comportamiento del profesor pidiéndole que cambie de sitio parecería irrelevante y gratuito). Pero no deducirá bien la intención del profesor si toma la palabra *mesa* literalmente. La orden de que continúe el examen literalmente sentado encima de una mesa es extraña y no permite adivinar qué es lo que realmente pretende el profesor. El receptor debe ajustar el sentido de *mesa* para llegar a un concepto del que se pueda sacar algo útil. Por ese camino es por el que lleva *mesa* a la idea de ‘silla que está delante de la mesa señalada’: la búsqueda de información relevante se hace reajustando simultáneamente el sentido de las palabras hasta donde razonablemente pueda conducir a esa información relevante. De esta manera es como tenemos interiorizado un vocabulario compuesto de palabras que tienen su representación semántica y a la vez podemos formar con ellas una lista abierta de conceptos *ad hoc*. De esta manera también es como con un conjunto de unos pocos miles de palabras, representada cada una de ellas en nuestra mente con su significado, puede ponerse en correspondencia con un conjunto mucho mayor de los conceptos que tenemos en nuestra mente y nuestra memoria, sin que al receptor le cueste trabajo seguir el procedimiento por el que variamos la carga conceptual de las palabras. Los procedimientos de saturación de variables y de asignación de referencias podrían ser responsables de la especificación contextual que se hace de la forma lógica y, por tanto, del resto del trecho que hay entre la forma lógica y la explicatura (ver la discusión presentada en Vicente 2002 y R. Carston 2000).

2.2. La mente computacional simbólica

La teoría cognitiva computacional simbólica es uno de los dos pilares de Sperber & Wilson en esta cuestión que estamos discutiendo (el otro es la teoría comunicativa de la relevancia). En realidad, toda la teoría de la relevancia se asienta sobre los supuestos de ese modelo cognitivo, pero tales supuestos afectan unas veces más que otras al resultado de los análisis. Y la cuestión del significado es una de las que resultan muy afectadas.

En el modelo cognitivo de referencia, que es también el que podemos atribuir a Chomsky o Fodor (con los matices y diferencias que se quieran ver), la cognición se hace consistir básicamente en operaciones realizadas sobre representaciones internas. Nuestra mente no trabaja con las cosas, sino con las representaciones que nuestro organismo hace de ellas. El fuego no puede mover nuestros músculos e iniciar una conducta de huida más que a través de la representación interna que nuestro organismo haga de él y de los procesos catalice esa representación. Estas representaciones consisten fisiológicamente en afecciones de nuestros órganos y en procesos y redes neu-

ronales que debemos considerar metodológicamente como símbolos del mundo exterior, en el sentido más normal de sustitutos de las cosas de fuera. El carácter pautado y sistemático de nuestras manifestaciones cognitivas y conductuales hace pensar que nuestro pensamiento debe ser una sucesión de representaciones o símbolos, donde el paso de cada una a la siguiente debe estar regido por algún tipo de automatismo (que nada tiene que ver con la voluntad ni conciencia del sujeto), por lo que estamos ante un proceso computacional. Por eso este modelo cognitivo, el cognitivismo clásico o cognitivismo a secas, se llama también computacional simbólico: porque ve la esencia de la cognición en computaciones realizadas con símbolos, que es lo mismo que “operaciones sobre representaciones internas”.

En este modelo las cosas suceden principalmente en la cabeza. Todo sucede en un contexto y con un intercambio muy rico entre datos percibidos por los sentidos, datos memorizados y procesos simbólicos, pero todo en la cabeza. Nuestra mente se sustenta en el cerebro y los procesos cognitivos se perciben normalmente como originados por causalidad simple. Esto quiere decir que las capacidades cognitivas observables han de tener el “órgano” correspondiente que las haga posibles. Así, si tenemos lenguaje, habrá de existir algún módulo o racimo de módulos en la arquitectura de nuestra mente que haga posible tal fenómeno. Si podemos grabar DVDs con un ordenador, es lógico suponer que el ordenador en cuestión tiene un grabador de DVDs: si existe la manifestación ha de existir el órgano, si existe el efecto habrá de existir su causa. De la misma manera, los procesos cognitivos manifiestan un saber que ha de ocupar lugar. Si trabajamos con un procesador de textos y pulsando una cierta combinación de caracteres conseguimos que las letras se pongan en cursiva, tenemos pocas dudas de que ese comportamiento regular está programado. Todo lo que el ordenador hace regularmente lo hace porque hay un programa que especifica su comportamiento. Y, además, el programa en cuestión ocupa espacio físico en el disco duro y en la memoria de la máquina. Cuando hablamos, nuestra forma sistemática de hacerlo debe ser la prueba de que una especie de programa rige nuestra forma de hablar y entender. Ese programa o saber lingüístico (o competencia) debe estar efectivamente representado en nuestra arquitectura mental, de la misma manera que el programa que nos permite poner una palabra en cursiva ha de estar físicamente en el ordenador. Si algo sabemos, ha de haber un saber representado y ocupando lugar. Por eso es lógico suponer, desde esta perspectiva, que, si tenemos conocimiento de unos miles de palabras y de su significado, nuestro sistema cognitivo ha de tener almacenadas esas palabras con su significado. Cuando las decimos o las oímos, nuestra mente activa la representación que tenemos de ellas, con su información semántica tal como está grabada en nuestra arquitectura mental. Por eso decíamos que hay un momento en la interpretación en que nuestra mente tiene iluminado el significado de las palabras tal como reside en nuestra memoria y tal como lo tratan de captar los diccionarios. Después será cuando se especifique, mutile o reconstruya, pero serán ya representaciones sucesivas que nos ponen ante la tarea de explicar por qué el concepto significado que tenemos en memoria queda convertido en los usos reales en toda esa lista abierta de conceptos distintos que plantean Sperber & Wilson. Y, como venimos diciendo, la única forma de discutir que haya una representación del significado de nuestro diccionario mental

y una forma lógica que contenga todos esos significados de diccionario es tener en cuenta las revisiones que se han venido haciendo de este modelo cognitivo que nos obliga a pensar en los términos que estamos sintetizando.

2.3. Cognición emergente y entornos dinámicos

Lo cierto es que en las ciencias cognitivas cada vez parece más extendido el convencimiento de que cuanto más nos alejamos de las manifestaciones meramente fisiológicas y más nos adentramos en fenómenos de naturaleza psicológica o conductual, más estamos tratando con regularidades emergentes y menos con fenómenos que atiendan al principio de causalidad simple (aunque en Varela, Thompson & Rosch 1992 se exponen razonamientos convincentes para extender el fenómeno de la emergencia a experiencias fisiológicas). Las propiedades emergentes son las que están asociadas variables incontroladas (Clark 1999), es decir, variables que no pueden ser modificadas por la manipulación directa de parámetros individuales. Esto quiere decir que, en principio, es más fácil poner el dedo en el órgano que nos permite ver o en el que nos permite oír que en el órgano que nos hace tímidos, o en el que nos hace carismáticos, o en el que nos permite sorprendernos o razonar. Los ordenadores graban DVDs porque tienen el dispositivo que lo permite, pero hay muchos fenómenos regulares y ordenados que no tienen causalidad simple, sino dispersa entre muchos factores cada uno de los cuales tiene una relación fortuita con el fenómeno en cuestión. Nuestra mente hace muchas cosas para las que no tiene dispositivo ni órgano, sin perjuicio de que tengan orden y pautas especificables; muchas de nuestras manifestaciones son emergentes y no se pueden asociar a causas directas que tengan que ver con la estructura de nuestro cerebro. Los modelos conexionistas (o de Procesamiento Distribuido en Paralelo) fueron los que aplicaron estos postulados en las ciencias cognitivas, aunque no alteraron un aspecto importante para el tema que nos ocupa. En estos modelos la cognición se entiende también como una sucesión de representaciones internas, de una naturaleza diferente a como la planteaba el cognitivismo clásico, pero respetando el principio básico de que el funcionamiento de nuestra mente se sustancia en representaciones cognitivas. Desde un modelo así hay que suponer también que cuando oímos una palabra se activa un patrón que representa algún concepto o situación y, por tanto, debe entenderse el significado como una representación guardada en nuestra mente que se “enciende” con la estimulación adecuada (los sonidos de la palabra). El contexto y la interacción con otros patrones afectará y modificará esa representación y por eso el concepto que expresa una palabra no es constante. Pero que la representación sea distribuida y una emergencia de factores dispersos “subsimbólicos” o que sea simbólica como la plantea el cognitivismo clásico no afecta a lo esencial de lo que aquí se discute: sigue confirmando nuestra intuición de que las palabras tienen un significado codificado guardado en alguna parte que se activa en algún momento de la interpretación y que los factores contextuales que presionan a cada palabra lo modifican y lo moldean *después*.

En el ambiente metodológico de los llamados sistemas dinámicos, sin embargo, se minimiza el papel de las representaciones. La cognición se entiende como un fenómeno emergente, pero no emergente a partir de neuronas cerebrales idealizadas como las que componen las redes conexionistas, sino a partir del funcionamiento de los componentes cerebrales, de los datos recibidos y provocados por la experiencia corporal completa y a partir de los factores del entorno que interactúan con el sujeto: todo ello forma un sistema dinámico y la historia del acoplamiento del cuerpo-mente y entorno da lugar a las pautas emergentes que forman nuestra cognición. En esencia lo que todo esto quiere decir es que nuestra mente trabaja menos de lo que se pensaba con recursos internos y datos interiorizados y más con recursos del entorno.

Una aproximación un poco tosca a este planteamiento nos la puede dar la comparación de dos ordenadores de bolsillo, uno de ellos con capacidad de conexión inalámbrica a internet y otro sin capacidad de conexión. El segundo sólo podría trabajar con los datos y programas, seguramente muy limitados, que tuviera grabados en su disco. El primero podría sacar cualquier dato de la *Enciclopedia Británica*, hacer cálculos complejos con programas muy costosos, mostrarnos un sinfín de novelas o dejarnos escuchar una pieza de Beethoven. Cualquiera diría que su capacidad computacional es mucho mayor. Pero en realidad la diferencia es que el segundo ordenador sólo puede manejar datos locales representados en su sistema, mientras que el primero, con una capacidad similar, tiene la capacidad de conectarse con información externa, procesarla y “dejarla fuera” y retomarla cuando haga falta. Con muy poca capacidad de computación es capaz de hacer costosos procesamientos. Pero en realidad la complejidad está fuera de la máquina y esta es sólo una especie de pequeña ventana capaz de desplazarse por un complejo paisaje externo de información estructurada. La complejidad está fuera, en los servidores donde estén los programas y las novelas; el ordenador sólo sabe computar lo que parasita de ellos.

La parte que no sirve de este ejemplo es que los sistemas dinámicos plantean que el mundo exterior del sujeto es en buena medida actuado por ese sujeto y que no existe un mundo externo objetivo opuesto al sistema que representa ciertos aspectos de él, según la imagen transmitida sobre todo por las corrientes empiristas.

Otro ejemplo nos puede ayudar en la aproximación. Normalmente la gente conoce el camino que hay entre su casa y su ayuntamiento y podría recorrerlo sin dificultad y sin perderse. Pero si alguien nos pregunta cómo ir al ayuntamiento, tenemos que hacer cierto esfuerzo mental para especificar la ruta y puede que no seamos capaces de hacerlo. Muchas veces sabemos ir a los sitios pero no sabemos explicarle a otro el camino. Le damos indicaciones para llegar a un punto y le decimos que allí vuelva a preguntar porque no somos capaces de explicar el camino completo, que sin embargo conocemos bien. Da la sensación de que para ir al ayuntamiento sólo tenemos especificados mentalmente unos movimientos iniciales y después usamos cada esquina para saber el paso siguiente, sin representar en ningún momento el mapa completo. La información no parece estar en nuestro cerebro, sino fuera, en la ciudad y la disposición de sus calles y edificios. Lo que hacemos es tomar datos de fuera (del entorno), procesarlos y *dejarlos fuera* otra vez para tomar (también de fuera) y procesar el si-

guiente dato de un entorno ya parcialmente distinto por el anterior procesamiento (y por la acción corporal que dio lugar a que ya no estemos en el mismo sitio). Insistamos: la información *completa* parece estar fuera de nosotros. Algo debemos tener representado porque quien no conoce el camino en absoluto no es capaz de encontrarlo por deducción de lo que ve y experimenta. Pero lo que tenemos interiorizado no es nada que se parezca a un mapa mental, como el que se introduce en la memoria de los robots, sino algo mucho más inacabado que sólo se hace ruta a seguir cuando se acopla a lo que van registrando nuestros sentidos y a las actuaciones de nuestro cuerpo. La prueba es ese esfuerzo que tenemos que hacer cuando de verdad necesitamos representarlo mentalmente. Si hay una mente que esté guiando nuestro camino al ayuntamiento, no puede ser otra que el conjunto formado por nuestro cerebro y sus operaciones, la experiencia que llega de nuestro cuerpo entero (necesitamos que el cuerpo se desplace y vaya cambiando sus percepciones para ir completando el camino) y la disposición de calles y edificios que empleamos para “pensar” el camino. La cognición es propiamente una emergencia de todos esos elementos y la mente pensante se considera “corpórea” y “extendida”. Se habla de mente corpórea porque se consideran las percepciones y las acciones parte integral del acto de pensar. El camino al ayuntamiento es indisoluble de la actividad de andar y las cuentas de multiplicar no las pensamos sin la acción manual de escribir o, al menos, el recuerdo de esa acción. Y se habla de mente extendida porque se entiende que las estructuras externas son componentes del pensar. El cerebro de un hombre moderno y el de un romano son biológicamente idénticos, pero la mente es técnicamente distinta porque el conjunto entorno-cerebro (y cuerpo) es diferente: al cambiar estructuras sobre las que nuestro cerebro asienta sus andamios, cambia la mente que está pensando. No resultará extraño este planteamiento si volvemos a acercarnos a él con el caso del ordenador con conexión a internet. Las posibilidades de ese equipo no están en su capacidad propia, sino también en las estructuras con las que es capaz de conectarse. Un mismo ordenador con módem tiene hoy unas capacidades muy distintas de las que tenía hace seis años, y no por lo que haya ocurrido dentro de él (programas y datos que le hayamos introducido, piezas que hayamos actualizado...), sino por el espectacular aumento de datos y estructuras que se produjo en internet, el entorno al que es capaz de conectarse. De la misma manera, un cerebro que se ancla en el entorno para pensar da lugar a una mente distinta cuando cambia sustancialmente ese entorno. La actividad cognitiva es, por tanto, un acoplamiento de nuestro cerebro, nuestro cuerpo y nuestro entorno y las estructuras cognitivas emergen de la historia de ese acoplamiento. La importancia que esta corriente da al desarrollo cognitivo, entendido como esa historia de acoplamiento, hace que los propios autores se perciban como consecuentes del constructivismo de Piaget: los factores del entorno y los componentes de la mente como un sistema se reestructuran continuamente hasta alcanzar estados mentales estables o “atractores” cuya sucesión es, efectivamente, un desarrollo en el que son pertinentes etapas, en contraste con algunos modelos innatistas (como el de Fodor).

En la medida en que sea posible saltar los puntos más espinosos del debate, hay cuatro hechos que debemos retener. El primero es que el papel de las representaciones cognitivas internas puede ser mucho menor de lo que postulan los modelos

simbólicos. Los más radicales sostienen que no hay tales representaciones, que todos los procesos cognitivos se basan en una interacción entre mente, conducta y entorno (el procesamiento que la mente hace del entorno no es independiente de la conducta que lo altera y que afecta al propio procesamiento) que no tiene más de representación de lo que la posición de los girasoles tiene de representación de la posición del sol. Sin entrar en la discusión de si hay o no verdaderas representaciones internas, lo cierto es que los modelos de neo-constructivistas basados en sistemas dinámicos nos hacen pensar en unas representaciones mucho más vacías y prematuras del mundo exterior.

El segundo, relacionado con el primero, es que el entorno tiene un papel mucho más activo en el proceso de pensar, recordar o sentir de lo que se venía planteando. El entorno no es aquello que provoca reacciones conductuales en el sujeto, como decían los conductistas; ni aquello que nuestra mente representa simbólicamente, como decían los cognitivistas; ni aquello que nuestra mente representa mediante estados de activación neuronal subsimbólica, como decían los conexionistas. El entorno es parte integral de la actividad cognitiva. No pensamos con representaciones internas sino en buena medida con las estructuras del exterior. Por eso anotamos cosas y ordenamos objetos: descargamos y dejamos fuera la información estructurada para manejarla en grandes cantidades sin necesidad de un soporte interno igual de sofisticado.

Si deseamos recuperar el sentido común, debemos invertir la actitud representacionista: en vez de tratar el *know-how* contextual como un desecho que se puede eliminar progresivamente mediante el descubrimiento de reglas más elaboradas, considerarlo la esencia misma de la cognición creativa (Varela, Thompson & Rosch 1992).

El tercero es que las percepciones y las acciones que hacemos con nuestro cuerpo, es decir, la experiencia corpórea en su conjunto, es parte integral de nuestra actividad cognitiva. Una parte de la inteligencia con que hacemos las cosas, unas más que otras, está en los movimientos y acciones corpóreas que van tejiendo la red por la que circula el pensamiento (incluso tenemos que mover un dedo en el aire para hacer mentalmente una multiplicación por dos cifras). Una máquina que emule nuestra actividad mental ha de ser un robot con un cuerpo similar al nuestro o no pensará igual que nosotros.

Y el cuarto, hasta cierto punto relacionado con el anterior, los conceptos que interiorizamos de las cosas son algo así como confluencias de diversas actividades que hacemos sobre esas cosas. Sobre un mismo objeto podemos tener una idea abstracta más o menos esquemática, una conducta repetida, unos movimientos característicos... El concepto que interiorizamos de él es deudor de todas esas experiencias separadas y sin relación entre sí. Así, hay experimentos que muestran la importancia que tiene nuestra experiencia en trazar letras con la mano en el reconocimiento que hacemos de las graffías, con su extraordinaria variedad (*vid.* Thelen & Smith 1994: 161-86). La consecuencia es que el origen de los conceptos que nos hacemos de las cosas es diverso en unas y otras. Habrá conceptos muy dinámicos que consistirán en la idealización de una actividad que hacemos repetidamente; habrá otros mucho más

“intelectuales” y deudores del pensamiento reflexivo que compone conceptos a partir de conceptos; los habrá multidimensionales porque consistan en una confluencia de experiencias dinámicas y mentales distintas, y los habrá más planos porque responderán a una actividad más unilateral. El léxico que se forma en una mente que trabaja así habrá de acusar toda esta variedad, como veremos.

2.4. Razonamiento espontáneo

Habíamos dicho en su momento que en el lenguaje no hay más conducta ni más pensamiento relevante que el automático. Todo lo que interviene en la comunicación ordinaria son actos reflejos y expertos, aquello que solemos llamar intuición y conocimiento implícito. La entrada del pensamiento reflexivo y los actos conscientes serían indicios de que no conocemos bien la lengua usada o de que no estamos entendiendo bien al emisor.

El razonamiento espontáneo guía una buena parte de nuestra actividad ordinaria y se da en nosotros antes y después del pensamiento consciente. Algunas cosas que hacemos conscientemente, a base de repetirse y hacerse rutinarias, se convierten en pautas rígidas que pasan a hacerse inconscientemente (una especie de efecto Baldwin en pequeño). Pero hay tareas que hacemos tan paso a paso, procesando trozos tan pequeños del conjunto y tan desconectados de la tarea global, que nunca llegamos a pensar ni comprender ese conjunto, como si actuáramos inconscientemente. Muchos avances en las tareas cotidianas (por ejemplo de labranza) se dan cuando se reflexiona sobre lo que se viene haciendo de manera inteligente, pero aplicando la inteligencia a trozos sin perspectiva del conjunto. Mithen de hecho sugiere que algunos de los *homo* de los que procedemos tenían sólo este nivel de pensamiento, sin procesamiento consciente alguno.

Este razonamiento espontáneo e intuitivo que empleamos en la comunicación lingüística tiene unas reglas algo diferentes de las que parecen gobernar el razonamiento consciente y explícito y no podemos entrar aquí a fondo en la cuestión. Pero sí debemos precisar que lo que llevamos dicho sobre la mente extendida que plantean los teóricos de los sistemas dinámicos parece especialmente plausible en el caso del razonamiento espontáneo. Una de las características del razonamiento intuitivo ordinario es que nunca prescinde de los datos más accesibles de que disponga en el momento. Si para pensar lógicamente debemos “borrar” lo más accesible o activo que tengamos en mente, abandonaremos la lógica y llegaremos a la conclusión a la que haya que llegar para que esos datos tengan alguna utilidad. Es como si nos atuviéramos a una norma: si tengo tal supuesto activo en la mente en estas circunstancias es que es relevante y no debo razonar sin incluirlo (seguramente una consecuencia del principio cognitivo de relevancia, Sperber & Wilson 1998). No es que no podamos pensar con supuestos poco accesibles, pero no lo hacemos en el pensamiento intuitivo. Sólo el razonamiento guiado conscientemente es capaz de hacer intervenir supuestos poco accesibles por encima de los accesibles. Probablemente es adaptativo que sea así el razonamiento espontáneo porque lo normal será que cuando tenemos un dato en mente es que ese dato tiene algo que ver con las circunstancias inmediatas para las

que debemos manifestar una conducta adaptada y no debemos prescindir de él en nuestros razonamientos.

Todo esto hace comprensible que las características de la mente que pretenden los modelos basados en sistemas dinámicos parezcan especialmente relevantes cuando estamos considerando el razonamiento espontáneo, precisamente el procesamiento rápido y sucio que guía la parte de nuestra conducta más ligada a las circunstancias inmediatas. Es posible que en el razonamiento consciente hagamos intervenir más bagaje de datos que los que podemos obtener “en línea”, anclando nuestra mente en el entorno inmediato (lo que no invalida la tesis de la mente extendida; o nos valemos de artefactos como papel y lápiz o este recurso a datos no inmediatamente accesible consiste en un costoso recuerdo de actividades mentales en línea). Pero el procesamiento corriente parece operar principalmente con información que está en el entorno, computando pequeñas dosis de datos que va tomando y dejando en ese entorno, por lo que la estructura de ese entorno afecta a la forma total del procesamiento más que patrones internos acabados. Los datos internos son seguramente muy esquemáticos y consisten más en procedimientos y punteros que en otra cosa. Esto quiere decir que las acciones se completan en la interacción con el entorno y no están representadas enteras en nuestra mente, por lo que nuestra actuación no es regida por un programa completo interiorizado. Y quiere decir también que los conceptos y las proposiciones se completan con los datos que la situación hace más accesibles y no están representados enteros en nuestra mente. En estos modelos la imagen de los conceptos y de las actividades cognitivas en general es muy dinámica y se presentan como fenómenos del mismo tipo que las acciones y destrezas físicas. Una persona que baila bien el tango lo baila bien cada vez que lo hace y lo baila realizando de una manera hasta cierto punto regular ciertos movimientos. Lo que tenga interiorizado de ese saber hacer cuando no está bailando el tango no se parece a un programa completo listo para ser ejecutado cuando decida bailar. Lo único que puede estar programado son movimientos iniciales y esquemáticos que se completan en la acción concreta interactuando con los elementos del entorno. La regularidad con que categorizamos las mismas cosas tiene que ver con la homogeneidad de nuestra experiencia con ellas y los conceptos son procesos que realizamos cada vez que hace falta, siempre con una destreza similar y siempre de una manera parecida. Si para disponer de categorías basta con desarrollar una conducta regular con respecto al mismo tipo de cosas, como quiere Bickerton, es perfectamente posible que nazcamos ya con algunas categorías. Pero las categorías de que disponemos aquí y ahora reflejan, como nuestras destrezas físicas, manuales o de orientación, la historia de nuestro acoplamiento con las cosas de nuestros entornos. Si nacemos con algunas categorías, a estas alturas ya son más densas y desde luego tenemos muchas más. Y, como sucede con muchas actividades físicas, muchas habrán sido de usar y tirar. Lo importante es retener la idea de que los conceptos que activamos no están representados internamente “enteros” y se activan cuando algo los activa. La representación interna en que consiste un concepto es borrosa y esquemática y “hacemos” tal concepto una y otra vez cada vez que lo usamos en nuestro pensamiento, igual que hay que hacer el cuerpo fónico de las palabras cada vez que las decimos

(ver los experimentos explicados en Thelen & Smith 1994: 161ss y los argumentos de Barsalou 2000).

La idea de una mente “en línea” que procesa con las estructuras del entorno puede dar la imagen de un pensamiento condicionado por el exterior que no puede pensar más que en lo que nos permitan las estructuras externas con las que la mente se conecta. Esto es así sólo en parte. Ya dijimos que cerebros biológicamente iguales conectados a mundos diferentes son mentes distintas. Pero en el ambiente de los sistemas dinámicos hay cierta incomodidad filosófica, por un lado, con la parte dualista de la tradición racionalista que separa la mente del cuerpo como dos mundos diferentes (de ahí la expresión “mente corpórea”), y, por otro, con toda la tradición empirista (y en parte también racionalista) que postula un mundo exterior dado independiente del sujeto. Si sacamos la mano por la ventanilla de un coche en marcha notaremos en los dedos una sensación entre fluida y sedosa. Esa sensación es así porque el aire es como es, pero también por la manera en que nos movemos nosotros. No se puede decir cabalmente que hay ahí fuera una masa sedosa y fluida que algunos organismos son capaces de captar y representar; la masa sedosa surge de la manera en que nosotros nos comportamos y actuamos sobre el mundo: ni está dada de antemano ni es una mera proyección nuestra. Si añadimos a esta idea la influencia recíproca, por la que el mundo que percibimos y representamos es en parte resultado de nuestra acción sobre él, completaremos la idea de *enacción*, con la que Varela, Thompson & Rosch (1992) tratan de situar filosóficamente la teoría de la mente corpórea y en línea.

2.5. Conceptos dinámicos, movimientos metódicos y atractores

Sperber & Wilson son conscientes de que la lista de conceptos que puede expresar una palabra no sólo es amplia, sino además abierta, pero suponen que las palabras codifican en todo caso un concepto constante y “entero” y que son los variados factores contextuales y la búsqueda de relevancia los que modifican ese concepto. Por tanto, hay siempre un concepto constante que se representa en algún momento de la interpretación, tal como habíamos apuntado antes. Carston (Carston 2002), en un sentido más próximo al que queremos sostener aquí, acepta abiertamente la posibilidad de que palabras normales con significados normales no codifiquen un concepto y que no hay más concepto que el que resulta de fundir la semántica de la palabra con factores contextuales. No habría, pues, un concepto codificado de entrada y un concepto de salida resultante de la modificación del primero por la acción del contexto. Carston supone que nuestro sistema cognitivo tiene representados los conceptos con los que aprehendemos los objetos del mundo y que la variación conceptual de las palabras se debe a que no codifican ninguno de esos conceptos que están representados en nuestra mente, sino que codifican algo parecido a punteros que apuntan a una zona conceptual vaga. El contexto es el que fija cuál de los conceptos de esa zona apuntada es el que expresa la palabra en cuestión en el uso concreto considerado. Por eso la variación tiene mucho que ver con la vaguedad. Aquí tratamos de concluir algo parecido, pero no igual: pensamos que no es necesario postular esa colección de conceptos completos grabados en la mente dispuestos a ser “tocados” por las palabras; y que la operación de asociar un concepto con una palabra cuando se oye no se limita a dejar que un puntero se pose sobre un concepto presente en una tabla.

Nuestras actuaciones en el mundo constan de una serie de regularidades: la manera en que manejamos los cubiertos para comer, los movimientos con que ejecutan el tango los que pueden, la forma de lanzar una caña para pescar o la destreza con que cepillamos los dientes son acciones que ejecutamos metódicamente, con movimientos regulares y no caóticos; lo hecho alguna vez parece abrir un surco por el que conducimos nuestros movimientos las próximas veces. Ya dijimos que no tiene mayor sentido preguntarse dónde están grabados los trazos que definen los movimientos de un tango. Cuando el sujeto no está tomando sopa no hay ninguna representación de los movimientos que hace con la cuchara. Las constantes de nuestros modos de actuar dependen de una interacción muy compleja entre tres bloques de factores: (1) las cualidades innatas de los sujetos (la manera en que comemos la sopa o lanzamos tiros libres tiene mucho que ver con cómo es nuestro cuerpo, en sentido amplio), (2) las cualidades del entorno con el que interactuamos (cualquier acción regular tendría una regularidad distinta si el entorno fuera diferente, *vid.* las precisas explicaciones sobre el desarrollo de la locomoción en los bebés de Thelen & Smith, 1994), (3) el estadio de desarrollo del sujeto (no se llega a las mismas regularidades interactuando con el mismo entorno en distintas fases ontogenéticas, aunque el conductismo y algunas corrientes innatistas prefieran prescindir de la idea de desarrollo). Las regularidades de nuestras actividades son *emergencias* de estos bloques de factores, porque en ellos hay muchas variables incontroladas: técnicamente estaríamos ante un sistema dinámico, donde esas regularidades son los *atractores* o pautas de estabilidad cuyos factores están fortuitamente relacionados con ellas. La sucesiva desestabilización de atractores que dan paso a otros atractores o pautas de estabilidad configuran el *desarrollo* del sujeto: las regularidades observables en sus actuaciones son efecto de la *historia* de su acoplamiento con el entorno (puede verse una breve pero muy clara explicación de cómo se suceden los momentos estables y las fases inestables o de transición en sistemas complejos en Lorenzo & Longa 2003: 124-6).

Como ya se apuntó, cabe pensar que un concepto se parece más de lo que parece a un tango. Activar un concepto es *construirlo en caliente*, al hilo de la experiencia que sea. Más que pensar en movimientos representados en alguna parte, debemos pensar que un movimiento metódico es un atractor, una pauta regular que emerge de los intrincados factores que intervienen en nuestra relación con el medio. De la misma manera, más que pensar en conceptos representados y grabados que se encienden cuando una palabra y un contexto los tocan, debemos pensar que no hay verdaderos conceptos representados en ninguna parte. Un concepto se forma (ver los análisis de Barsalou *et al.* 1993): (1) fijando una atención selectiva sobre ciertos aspectos de una determinada experiencia, (2) haciendo intervenir a la memoria a largo plazo sobre esos aspectos (de manera parecida a como la atención sobre las fases en que se ejecutan ciertos movimientos afectan a la regularidad con que en el futuro se ejecutarán los mismos movimientos, como si la *destreza* consistiera en la “memoria” que guardamos de un movimiento anterior), (3) correlacionando los aspectos selectivos tratados por la memoria a largo plazo con objetos o situaciones de experiencia, de manera que pasa a ser un tipo de actividad mental con cualidad *referencial*, y (4) componiendo series de propiedades o aspectos selectivos como estos derivados de nuestras múltiples expe-

riencias (visuales, motoras, mentales..., dependiendo de la categoría que estemos conceptualizando) con los objetos, como si fueran múltiples baños que van completando el concepto; así debemos entender lo multiformes y heterogéneos que son los conceptos con que ponemos orden en nuestras vivencias. Por eso Thelen & Smith insisten en considerar los conceptos como “degenerados” y “disyuntivos”: intervienen en su formación los diversos y redundantes procesos que se aplican a una tarea (sobre la letra *a* proyectamos nuestros ojos cuando la leemos y los movimientos de nuestra mano para escribirla; las dos tareas intervienen en su reconocimiento) y además esos procesos son separados e independientes (*vid.* las tesis de Thelen & Smith 1994 sobre la manera en que formamos las categorías, *vid.* también las razones de Barsalou *et al.* para sostener el carácter situacional y experiencial de los conceptos en Barsalou *et al.* 1993).

Debemos pensar en los conceptos de una manera más dinámica de como se insinúa en Carston 2002 y, en general, en las orientaciones cognitivas computacionales. Tener un concepto de algo no es más que tener la destreza de discriminar, reconocer y construir ese algo de una manera metódica. No hay circularidad viciosa en decir que hay concepto cuando se conceptualiza algo metódicamente. Un concepto es el efecto de una operación y tenemos la sensación de “tener” un concepto de algo cuando esa operación se repite, más o menos. Tener el concepto de ‘casa’ es pensar en ese tipo de objeto de una manera parecida cada vez que nos hace falta, igual que saber comer con cuchara es reiterar los mismos movimientos de una manera parecida. Pero los conceptos “enteros” se construyen cada vez que se conceptualiza y no anidan como piezas disponibles en nuestro sistema cognitivo. Es lógico pensar, como hacen Sperber & Wilson, que debe haber muchos más conceptos que significados. Para empezar, existen conceptos de usar y tirar. Igual que podemos hacer movimientos metódicos para tareas que no se nos vuelven a presentar y quedan por tanto como métodos para la ocasión (por ejemplo, la destreza con que conseguimos pasar un río a través de piedras cuando nunca más vamos a hacer cosa semejante), así podemos conceptualizar “el conjunto de objetos que sobran de este despacho para lo que tengo que hacer la próxima hora” o “el conjunto de personas que en esta reunión concreta mantuvieron tal posición”; no codificamos con palabras destinadas a durar conceptos tan efímeros. Y además, la otra observación de Sperber & Wilson también parece razonable: sea lo que sea lo que haya que hacer para conceptualizar algo, convertir esa conceptualización en el sentido de una palabra requiere el proceso añadido de convertirlo en una convención con otras personas. Es lógico que esto segundo ocurra sólo algunas de las veces en que ocurre lo primero. Pero no queremos conceder mucho crédito a esa imagen de los conceptos como datos representados y grabados en nuestra memoria. Es verdad que tenemos la intuición de que los conceptos son algo de lo que los sujetos son poseedores, incluso cuando no los están usando, como si realmente estuvieran en alguna parte. Pero, insistamos, no debemos pensar en ellos como algo radicalmente diferente de otras habilidades que los sujetos poseen y que realmente no están representadas en ninguna parte. Los conceptos son una de las muchas regularidades (“atractores”) con que los sujetos se acoplan al entorno: son la manera más o menos

regular con que atrapamos ciertos aspectos para construir mentalmente los objetos a los que se refieren.

Estamos empleando expresiones de aproximación porque los conceptos, como los bailes o la pesca, no se ejecutan exactamente igual cada vez. Si tenemos *el* concepto de 'casa' será porque pensamos en ese tipo de objeto de forma parecida, pero no igual. No siempre que pensamos o hablamos de casas estamos construyendo de la misma manera la idea ni estamos realmente formando el mismo concepto. Nos alejamos de Carston en esa imagen de los conceptos como entidades grabadas que siempre son la misma cada vez que se evocan. Habíamos dicho que una característica del pensamiento intuitivo es que siempre opera con los datos más accesibles. Como dirían Lorenzo & Longa, el pensamiento intuitivo tiene más de chapuzas que de ingeniero, no porque sus manifestaciones sean vulgares, sino porque se las apaña con lo primero que encuentra. Dijimos también que en el razonamiento espontáneo era especialmente evidente la característica del trabajo "en línea" que Clark, Varela o Thelen & Smith reclaman como característica general del funcionamiento de la mente. Esta era la propiedad por la que nuestra actividad cognitiva procesaba internamente pequeños fragmentos de datos tomados del exterior, que se descargaban fuera para procesar los siguientes, también tomados del entorno, de tal manera que la estructura del entorno era parte integrante de la estructura de la propia actividad cognitiva, como si nuestra mente, más que interiorizar, parasitase las estructuras exteriores. De esta manera, nuestra modificación del medio aumentaba nuestra capacidad computacional sin que los recursos reales de procesamiento fueran tan exuberantes. Esto hace comprensible que los conceptos no sean totalmente estables. Los conceptos son sólo la regularidad que podemos aprehender en una actividad que se repite de manera *más o menos* parecida. El concepto que tenemos de un tipo de objetos no es exactamente igual cada vez que lo evocamos porque en cada caso se completa con materiales de construcción que pueden ser distintos. Los materiales de que dispone el pensamiento en línea son los más accesibles y los que en ese momento sean más relevantes para conducirse en el medio. Por eso la idea de una persona soltera se balancea entre la idea de alguien solitario, de alguien con pocas responsabilidades, de alguien disponible para emparejarse, de alguien joven... El contexto es en parte la propia materia disponible para conceptualizar y pensar. A algo de esto apunta Barsalou (Barsalou 2000 y Barsalou *et al.* 1993) cuando dice que el concepto que nos hacemos de una misma categoría varía de una a otra vez. Esta formulación supone una distinción no del todo explicada entre concepto y categoría. Parece que Barsalou piensa en las categorías como entidades brutas y en los conceptos como maneras de estructurarlas. Los solteros son, en bruto, siempre la misma categoría, pero podemos conceptualizarlos distintamente cada vez que la evoquemos. Ciertamente, parece que conceptualizar algo es algo parecido a enfocar lo que está borroso, pero a través de detalles selectivamente resaltados. Como ya señalamos, Barsalou reclama que esos detalles sean referenciales, es decir, que representen al objeto. Esto hace también comprensible otra de las características del pensamiento intuitivo. Este no opera con la esencia de las cosas: retenemos más los cuernos que los ojos de las vacas y, como señala Kleiber, destacamos más las alas de los aviones que su suelo. Simplemente el pensamiento intuitivo tiende a operar con

los rasgos que, en menor número, permitan esa referencialidad señalada por Barsalou: no nos concentramos en la esencia de las cosas, sino en las propiedades de ellas que, con el menor gasto computacional, permitan la máxima discriminación (*vid.* Teso 2002: 39-42). Lo cierto es que esos detalles con capacidad para representar al objeto y discriminarlo de otras categorías no pueden ser siempre los mismos, porque la relevancia de las propiedades cambia según qué estén teniendo en cuenta en su pensamiento los sujetos según el entorno en el que están moviendo su conducta. Los conceptos de la mente, pues, no son una legión de datos hechos y constantes. En nuestra mente habrá seguramente los “programas iniciales” de los que habla Clark, que se proyectan sobre las cosas discriminándolas y llenándolas de detalles y estructura con los recursos computacionales y supuestos más accesibles en el estado cognitivo del momento y el entorno con el que la mente se ponga en línea en el momento. Por eso Barsalou (2000) insiste en que nadie piensa en una silla en abstracto. Cada vez que pensamos en una silla, pensamos en una silla de despacho, o de cocina o de sala y nos hacemos una idea de silla para el caso; todo depende de los supuestos más accesibles que tengamos en el estado cognitivo en que conceptualicemos la silla y, por tanto, de los materiales de construcción disponibles. Desde este punto de vista, los conceptos son siempre conceptos *ad hoc*, contruidos para el caso.

Puesto que su origen está en las vivencias que tengamos con las cosas y estas son muy variadas, cabe esperar que así de variados sean los conceptos que evocamos. Sin duda, habrá conceptos muy “abstractos” que se elaborarán estructurando otros conceptos y movilizandolos recursos *internos*, fuera de línea, y a veces poco accesibles. Todos concebimos a veces conceptos que nos suponen mucho esfuerzo mental. Pero estos serán sólo algunos conceptos, no la mayoría y desde luego no los que configuramos con el razonamiento intuitivo. Además esos recursos internos en última instancia contendrán recreaciones mentales de situaciones y vivencias de los sujetos. Pero los conceptos serán también variados en cuanto a su estabilidad. Así como puede ser muy variada la idea que nos hacemos de lo que es abrir algo, es sin embargo muy constante la idea que nos hacemos de lo que es un tigre. Esto no debe sorprender. También las acciones habituales las realizamos con movimientos más rígidos o más inestables. Hay atractores más estables que otros. Si un concepto se pareciera a un remolino bañado por las distintas percepciones y vivencias que tenemos sobre un tipo de objeto, puede suceder que en algunos casos haya muchas percepciones y vivencias que converjan con fuerza y que se establezca un perfil repasado en los mismos puntos por acciones y experiencias variadas. O puede ser que nos hagamos un concepto de un tipo de objetos nuevo en nuestra experiencia y con poca integración en nuestra experiencia general, algún tipo de objeto raro y novedoso. El concepto aquí será constante porque las redes en las que será necesario distinguir el tipo de objetos que sea serán muy pocas y la conceptualización tendrá lugar en contextos muy rígidos y repetitivos.

3. LOS CONCEPTOS QUE SUSCITAN LAS PALABRAS

Cuando los conceptos son evocados por palabras, en actos comunicativos corrientes ejecutados por el pensamiento intuitivo, nuestro sistema cognitivo los forma y los modifica igual. Los conceptos se forman *ad hoc*, como venimos diciendo, y si parece que los tenemos *dentro* siempre es por la relativa regularidad con que los formamos. Las palabras codifican programas iniciales que se desarrollan en conceptos mediante supuestos activados *en línea*, es decir, mediante supuestos altamente accesibles y mutuamente manifiestos en el momento del uso de esa palabra. Con un esfuerzo mental mayor, pensando reflexivamente y no intuitivamente como es habitual en la comunicación, podemos hacer intervenir supuestos menos accesibles y más elaborados, pero esto sólo es esperable en discursos técnicos. Decíamos antes que el movimiento de ir al Ayuntamiento no está programado más que inicialmente. Tampoco tenemos programados los movimientos con que abrimos un paquete postal, más que inicialmente. Hechos los primeros movimientos, el tejido fino de la actuación de nuestros dedos y manos sólo puede entenderse como una forma de interacción de nuestra mente, nuestros dedos y las características del paquete: a la vista del paquete y sus cuerdas no interiorizamos un programa completo de actuación; empezamos confiando en que en cada fase veamos claro el paso siguiente, computando trozos de actividad y siempre “conectados” con la actividad y el mundo exterior. La palabra *abrir* puede llegar a nuestra mente pronunciada por un técnico eléctrico a otro técnico cuando están ante una lavadora estropeada y con herramientas en la mano. Todos esos elementos están ya ahí cuando llega la palabra *abrir*. Esta palabra apenas prepara nuestra mente para pensar en algo parecido a una puerta separándose del marco por uno de sus laterales y para pensar en algo relacionado con posibilitar lo que no se podía. Dicho con estas palabras es un pensamiento extenso, pero tal como reside en nuestra mente es un simple programa inicial para configurar un concepto, una especie de imagen borrosa que necesita ser enfocada. Y será enfocada con los técnicos, sus herramientas y la lavadora que ya estaba allí, el programa inicial se dejará ir para formar el concepto que menos tensión con esos técnicos y esas herramientas requiera y que más estable resulte con esos elementos. Menos tensión y más estable significa que se incorpore con los elementos más accesibles (técnicos, herramientas, lavadora) en una escena única con la menor cantidad de supuestos añadidos posible, es decir, que se necesita el menor esfuerzo computacional posible para integrarlo con lo que ya está dado. El concepto de ‘abrir’ será el que tenga que ver con la actividad de desmontar algo como una lavadora para acceder a sus piezas. Por eso Barsalou *et al.* invocan el esquema fregeano para reclamar que es parte integrante del significado no sólo el sentido sino también la referencia: la cosa y su circunstancia son parte integral de la idea que vehiculan las palabras. El sentido de las palabras no varía porque el contexto modifique un concepto de partida (el significado) y lo convierta en un concepto distinto. Ni tampoco varía porque las palabras codifiquen punteros que señalen hacia zonas vagas de conceptos ya establecidos y el contexto fije en cada caso alguno de esos conceptos. Ni tenemos grabados conceptos en nuestra mente, ni tenemos un vocabulario mental compuesto por palabras y conceptos asociados. El sentido varía

porque la palabra dispone a la mente para “cerrar” un concepto a partir de un programa inicial con los recursos computacionales disponibles y en cada caso puede ser distinto el concepto que finalmente se cierre. Cuando el técnico nos dice que va a abrir la lavadora, no hay más concepto que el que componemos para la ocasión, que es el que desarrolla el programa inicial tocando el menor número posible de piezas del estado cognitivo: esto es, el concepto que podamos formar haciendo intervenir el menor número de supuestos que no sean ya accesibles en ese momento y que podamos formar contando con los supuestos ya accesibles sin tener que “borrarlos” para componer el concepto; simplemente, como decimos, el encaje más estable con el estado mental del momento.

Este carácter de programa inicial o boceto de concepto que debe ser completado con datos en línea es el que Sperber & Wilson captaban cuando hablaban de palabras que parecían codificar “pro-conceptos”, algo así como conceptos sin acabar. Hablaban también de palabras que sí codificaban conceptos, aunque tenían la capacidad de portarse como si fueran de las que codifican pro-conceptos. En realidad, no merece la pena hacer esa distinción. Todas las palabras completan *ad hoc* el concepto que expresan.

Lo mismo cabe decir cuando lo que expresa una palabra es un individuo. Imposible olvidar aquí los argumentos de B. Russell a propósito de secuencias como *Caronte no existe*; según su análisis esta oración sólo tiene sentido entendiendo que el nombre propio no es tal, sino una descripción definida “abreviada”. Lo que estamos diciendo aquí apunta a que los nombres propios dan lugar a la representación de lo que Russell llamaría una descripción definida, sin ninguna otra representación interpuesta, teniendo en cuenta que esa descripción definida es el efecto de fundir el nombre propio con el contexto.

Hay razones para que algunas expresen un concepto más estable, como las hay para que algunas acciones nuestras consten de movimientos más regulares. Algunas palabras codifican trozos de procesos amplios en los que intervienen varios argumentos y son muy inconstantes por las variaciones que pueda presentar ese proceso (tal vez sea el caso de *abrir*); incluso habrá palabras que codifiquen un aspecto tan parcial que no tendrán extensión intrínseca y sólo tendrán una dimensión intensional, como una especie de virus que sólo altera el sentido de la palabra con que se combina (es el caso de *mero*, *susodicho* y de muchos epítetos); otras codifican conceptos que se perciben muy constantes porque convergen distintos tipos de experiencias en el tipo de objetos referidos, reforzando su identidad, como ya dijimos en su momento; las palabras técnicas, que se usan haciendo intervenir el pensamiento consciente, también serán resistentes a la variación contextual, como los neologismos recién llegados y sus rígidos contextos de uso.

La diferencia entre el significado conceptual y el procedimental que postulan Wilson & Sperber (1990) sería entonces una diferencia de grados. Los dos tipos de significado requieren el concurso de supuestos mutuamente manifiestos añadidos para representar el mundo; los procedimentales son un conjunto de instrucciones tan débil que sólo consiguen “infectar” las inferencias que los hablantes hacen sobre otros supuestos; los conceptuales son ya un conjunto algo más nutrido de instrucciones que

apuntan a un verdadero concepto. Pero, insistamos, lo que verdaderamente está codificado es una entidad mucho más esquemática e incompleta que ninguna de las que realmente representa nuestra mente en el proceso de interpretación. En las estructuras semánticas nuestra mente funciona como lo hace normalmente: extrae su poder computacional de la capacidad que tiene para aprovechar las estructuras del entorno y de nuestra actuación en él; el pensamiento intuitivo especialmente trabaja en caliente, como un oportunista, con las opciones que encuentra a mano en nuestro estado mental.

No parece entonces apropiado hablar de inferencia para referirnos al aporte del contexto en la explicatura (el establecimiento de implicaturas sí es un proceso inferencial). Una inferencia es siempre un proceso que media entre dos representaciones con valor verdad que establecen en virtud de él una relación veritativa. La inferencia puede ser más larga o más corta, pero siempre consiste en pasar de una representación proposicional a otra. Entenderlo de esta manera supone aceptar que, en el curso de la interpretación, hay una representación mental inicial de algún valor canónico de las palabras y que hay otra representación final, inferida de la anterior, que reflejará el añadido del contexto. Entendemos que el concepto que se forma con el contexto y el programa inicial es el único que hay y no hay representación intermedia de otra cosa. Lo más inmediato que se representa cuando oímos *Juan* es el individuo aludido, no la vaguedad de “nombre de varón” y después un sujeto concreto. Más que pensar en palabras vagas que se enriquecen contextualmente, pensamos en el valor semántico de las palabras como una especie de impulso orientado que se consume con los recursos del contexto. Se trata de un proceso de construcción, más que de un proceso de verdades establecidas a partir de verdades. Además no está clara la sucesión temporal de los supuestos, si es la palabra *abrir* la que llega con su significado y le añadimos datos después para modular uno u otro concepto; o si ya teníamos en mente técnicos, herramientas y lavadoras y la palabra *abrir* se acomoda en ese estado mental como mejor puede y en ese encaje se modula en concepto (en cuyo caso la palabra sería el elemento recién llegado y no podría ser el origen de una inferencia).

Sperber & Wilson encuentran económico este fenómeno de la variación conceptual de las palabras (asumiendo implícitamente que las lenguas están bien hechas y que sus características han de cumplir siempre alguna función saludable). Sería económico, como ya señalamos, porque con relativamente pocas palabras deslizándose por la tabla más amplia de conceptos de la mente tenemos vocabulario para expresar un número muy alto de conceptos. Si ponemos en cuestión que haya tal legión de conceptos interiorizados, pierde fuerza esta observación. La interpretación que estamos ofreciendo aquí da algún papel a la improvisación, y esta es una característica que siempre tiene algo que ver con la creatividad y la economía. Cuanto menos capaces seamos de improvisar, más cosas tenemos que tener preparadas de memoria y más rutinas tenemos que tener adiestradas. La verdadera economía está en tener interiorizados sólo orientaciones o programas iniciales y luego disponer de un sistema eficaz de anclaje en las situaciones, porque con un número muy bajo de instrucciones logramos de hecho una gran cantidad de comportamientos metódicos y de conceptos.

Las palabras son como máquinas de construir conceptos con las circunstancias y eso sí las hace realmente económicas. Pero el que los conceptos sean, en cierto sentido, improvisados tiene otro papel más importante, que es el de la adaptación. Una persona con poca capacidad de improvisar no sólo tiene un gasto mayor en memoria y preparativos previos. Puede tener además un problema de rigidez y mal acoplamiento a circunstancias no previstas. El vocabulario de una lengua no puede estar diseñado de una manera rígida para codificar atributos de nuestros estados cognitivos. Los estados cognitivos son muy variables, impredeciblemente variables, según las impredecibles situaciones en que nos podemos ver. Nuestra intuición nos dice que nuestros conocimientos son los que son y tenemos la memoria e inteligencia que tenemos. En la práctica, sin embargo, nuestra mente trabaja con mucha finura en unos casos y toscamente en otros y los datos de memoria disponibles no son constantes. Las palabras deben tener algo de material en construcción y los conceptos que expresan deben tener algo de improvisación para asentarse con éxito en mundos tan variables.

4. LA CONSTANCIA DEL SIGNIFICADO Y LA VARIACIÓN CONCEPTUAL

Parece entonces que estamos negando que una palabra anide en nuestra memoria con un concepto al que podamos llamar significado y que, por tanto, el significado como tal no existe, a pesar de la intuición tenaz que tenemos de que los diccionarios que especifican significados para las palabras no se inventan lo que dicen. En realidad, sí pretendemos decir lo primero (que no tenemos en memoria las palabras con una representación conceptual), pero no lo segundo (que no exista un concepto al que podamos llamar significado, tal como lo intuyen los hablantes y lo especifican los diccionarios).

Estamos sosteniendo aquí que lo que tenemos interiorizado de las palabras es un programa inicial y que no hay más representación de su sentido que el concepto (o entidad lógica) que se completa con el contexto. Así entendida la variedad conceptual de las palabras, no hay ninguna razón por la que el hablante deba intuir ningún concepto en particular como significado de las palabras. Sin embargo, no es así. Aunque haya palabras muy polisémicas y aunque la variación conceptual sea mayor de lo que apuntan los registros de usos de esas polisemias, debemos tener por ciertas dos evidencias: 1. que los hablantes perciben que palabras como *abrir* o *soltero* tienen un significado y el valor que perciben como significado es un concepto “acabado”, y (2) que si una persona desconoce el significado de una palabra y se le define un concepto “acabado” (por ejemplo, si se le explica que *soltero* es un adulto que no está casado), normalmente entenderá bien los usos de esa palabra con sus variaciones incluidas. Lo que pretendemos decir aquí es que, efectivamente, las palabras tienen significado y que su significado es un concepto.

Quizá convenga empezar en negativo. El significado no debe ser entendido como algo que compartan todos los conceptos que se puedan asociar con una palabra

por dos razones: (1) no siempre hay algo en común a todos los conceptos, todo concepto expresado por una palabra tendrá algo común con algún otro que exprese esa palabra, pero no tiene por qué haber nada en común a toda la familia, (2) lo que pueda haber de común a todos los usos de palabras como *columna* o *abrir* es una entidad muy inespecífica que en realidad nunca tiene en mente el hablante y, por tanto, debemos considerar irreal (nadie piensa en ningún uso de *columna* en una vaga idea que tenga que ver con la verticalidad). Una palabra expresa una serie abierta de conceptos y el significado simplemente es uno de esos conceptos. Lo que hacen los diccionarios no es seleccionar lo común a muchos usos, sino privilegiar uno de los usos de una palabra. Una palabra se asocia con una serie de conceptos y sentimos como significado el más *visible* de esos conceptos, el que parece más estable en los vaivenes de sus usos. Los atractores de los sistemas complejos son puntos de baja energía donde los sistemas adquieren configuraciones estables, como la vertical de un péndulo, que es el punto donde este no se ve afectado por otras tensiones y la posición donde el péndulo podría quedar de manera estable, de alguna manera el punto que *busca* cuando se está moviendo. Las palabras pueden tener más o menos tensiones contextuales. Un supuesto contextual será tanto más marcado cuantos menos pares de hablantes y menos situaciones haya en que sea mutuamente manifiesto (*vid.* del Teso 1998) y menos marcado en caso contrario. Los contextos *neutros* son los que están compuestos por supuestos contextuales no marcados. Una palabra en contexto neutro o no marcado la percibimos como “fuera de contexto”; no hay tensión contextual, como la vertical del péndulo. El nervio de la comunicación humana está en el juego de representar la mente del otro y la conciencia de la parte de nuestra mente que está siendo accesible al otro, por un lado, y en el hecho de que el otro posea también estas capacidades. Lo que vemos en los otros y la mirada de los otros, por la relevancia que tiene en nuestro comportamiento social, determina nuestros estados cognitivos y nuestras pautas de comunicación. La condensación de supuestos mutuamente manifiestos (ver este concepto en Sperber & Wilson 1994) crea esos puntos de baja tensión donde las fluctuaciones encuentran su estado “atractor”, su espacio de descanso y estabilidad. Ponernos en contexto para entender algo es proporcionarnos los supuestos que no son manifiestos para nosotros y que se necesitan para procesar algo. Si pensamos en el significado de una palabra, lo más fácil es pensar su interpretación en ese estado en el que no hay que ponernos en contexto porque los supuestos que lo integran son mutuamente manifiestos. Por eso hay un concepto de la serie abierta que es más visible. Es el que se repite y hacia el que parecen tender los demás (como las estaturas masculinas españolas de los nacidos en los 60 parecen converger hacia el 1,70). Puede ocurrir que en una palabra parezcan visibles varios conceptos, como en el caso de *columna*, como si los contextos neutros fueran menos estables y dieran lugar a varios atractores. Esto se debe a que una parte de la variación conceptual es motivada por variables controladas y no es por tanto una cualidad emergente de factores dispersos. Esa variable causante de la variación es la que invocamos en la definición: “si se trata de un edificio, *columna* es... si se trata de un escrito...”. En estos casos, al haber varias pautas de estabilidad, fácilmente asociamos la palabra con varios conceptos más o menos estables y son, en definitiva, los casos de polisemia. Las palabras muy usadas aparecen en mu-

chas situaciones discursivas, en muchos tipos de texto y en boca de hablantes muy variopintos. Es normal que cuanto más se use una palabra su abanico de usos vaya haciendo racimos que fluctúen según variables controladas porque algunos de esos usos se repitan bajo condiciones especificables; por eso el uso lleva a la polisemia. A veces es difícil definir el significado de una palabra porque ocurre algo que, hasta cierto punto, es lo contrario. En vez de ocurrir que una misma palabra tenga distintas pautas de estabilidad, sucede que una palabra por sí sola no tiene ninguna y las pautas de estabilidad sólo las tienen combinaciones características de esa palabra con tipos concretos de palabras. Es el caso del verbo *hacer*, que normalmente no parece cerrar un concepto con el contexto si no es fundiéndose con algún complemento; y más aún los mencionados adjetivos intensionales (como *mero*, *susodicho*, *sedicente...*), que no tienen alcance extensional más que después de combinados con otras palabras. Justamente por esto parece difícil definir cuál es el aporte que hacen en exclusiva estas palabras y los diccionarios se dedican a coleccionar usos o a intentar alguna generalidad. En el límite estarían, como ya quedó dicho, las palabras de sentido procedimental, que en ningún caso cierran con el contexto ni con otras palabras concepto alguno, sino sólo instrucciones de procesamiento.

Sin decirlo explícitamente, parece que Sperber & Wilson (1998) consideran los usos figurados como casos ordinarios de conceptos *ad hoc*; el caso en que *soltero* se usa para 'disponible para emparejarse' sería del mismo tipo que cuando alguien dice haber quedado *de piedra*. Los usos figurados tienen una diferencia clara con los usos literales. Cuando una palabra o una frase se usa literalmente, asociamos con ella un concepto o una proposición que es al menos parte del total de información comunicada. Si no es toda la información comunicada y hay que deducir implicaturas el concepto o proposición asignado no se modifica; simplemente se añaden más proposiciones. Cuando un uso es figurado, el concepto con el que asociamos la palabra no forma parte de la información comunicada: al final sabemos que el emisor no quedó de verdad "de piedra". Pero no creemos que estos usos sean exactamente equiparables. Como venimos diciendo, en cierto sentido debe entenderse que el concepto expresado por una palabra siempre es *ad hoc*. En un uso literal no se representa más concepto que el que se expresa. Pero lo característico de un uso figurado es que se representan realmente dos. El sujeto que quedó de piedra realmente quedó inmóvil por una situación que le causó estupor y que le desconectó momentáneamente de la situación. Esa es la idea que nos hacemos, pero nuestra mente representó también la idea canónica y literal de 'piedra'. Más aún, esa representación fue necesaria para que entendiéramos la inmovilidad y aturdimiento del emisor. Por eso Bühler comparaba elegantemente la metáfora con la visión binocular: dos perspectivas distintas que se funden para dar profundidad y densidad a la experiencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARSALOU, L. W. (2000): "Being There Conceptually: Simulating Categories in Preparation for Situated Action". En N. L. Stein, P. J. Bauer, & M. Rabinowitz (eds.): *Representation, memory, and development: Essays in honor of Jean Mandler*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- BARSALOU, L. W., YEH, W., LUKA, B. J., OLSETH, K. L., MIX, K. S., & L. WU (1993): "Concepts and meaning". En K. Beals, G. Cooke, D. Kathman, K. E. McCullough, S. Kita,

- & D. Testen (eds.): *Chicago Linguistics Society 29: Papers from the parasession on conceptual representations*. University of Chicago: Chicago Linguistics Society, 23-61.
- CARSTON, R. (2000): "Explicature and semantics". *UCL Working Papers in Linguistics* 12, 1-46.
- (2002): "Metaphor, ad hoc concepts and word meaning —more questions than answers". En Carston, R. (2002): *Thoughts and Utterances: The Pragmatics of Explicit Communication*. Oxford: Blackwell.
- CLARK, A. (1999): *Estar ahí. Cerebro, cuerpo y mundo en la nueva ciencia cognitiva*. Barcelona: Paidós.
- CUETO VALLVERDÚ, N. (2003): *Representación e inferencia. El proceso de la interpretación*. Oviedo: Dpto. de Filología Española, Univ. de Oviedo.
- LORENZO, G. & LONGA, V.M. (2003): *Homo loquens. Biología y evolución del lenguaje*. Lugo: Tris Tram.
- SPERBER, D. & D. WILSON (1986 (1994)): *La relevancia. Comunicación y procesos cognitivos*. Madrid: Visor.
- (1998): "The mapping between the mental and the public lexicon". En P. Carruthers & J. Boucher (eds): *Thought and language*. Cambridge: Cambridge University Press, 184-200.
- TESO MARTÍN, E. DEL (1998): *Contexto, situación e indeterminación*. Oviedo: Dpto. Filología Española, Univ. Oviedo.
- (2002): *Compendio y ejercicios de Semántica. Vol. I*. Madrid: Arco/Libros.
- THELEN, E. & L. SMITH (1994): *A Dynamic System Approach to the Development of Cognition and Action*. Cambridge, MA: MIT Press.
- VARELA, F., THOMPSON, E. & E. ROSCH (1992): *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Barcelona: Gedisa.
- VICENTE, B. (2002): "Construcción y articulación del significado en la teoría de la relevancia: algunos problemas". *Actas del V Congreso de Lingüística General*. León: Universidad de León.
- (2003): "Meaning in relevance theory and the semantics/pragmatics distinction". 8th *International Cognitive Linguistics Conference*. Logroño: Universidad de La Rioja.
- WILSON, D. & D. SPERBER (1990): "Linguistic form and relevance". *Lingua* 90/1-2, 1-25.